

Arlés, uno para hombres, y otro para las vírgenes consagradas á Dios, á los que dió con mucha prudencia y sabiduría una doble regla, que tenemos en el código de las que recopiló Holstenio, donde parece aumentó algunos artículos sobre la de S. Cesario su predecesor.

Agitábase en tiempo de este insigne prelado la cuestion de los tres capítulos que miraban á la persona de Teodoro, obispo de Mosuesta, que habia sido maestro de Nestorio; á la carta de Ibas, obispo de Edesa; y á la respuesta de Teodoreto, obispo de Ciro, contra los Anatematismos de S. Cirilo: empeñóse el emperador Justiniano en la condenacion de estos tres capítulos, sin mucha necesidad; resistiólo el papa Vigilio, temiendo debilitar la autoridad del concilio de Calcedonia que habia recibido en su comunión á Ibas y á Teodoreto, y que nada ordenó contra la memoria de Teodoro, aun cuando se leyeron en él los escritos de estos tres prelados. Los obispos del Africa, que se mostraban mas ardientes que todos, rehusaban recibir el edicto de Justiniano; los de Francia, aunque mas moderados, no creian deber estar indiferentes en un negoeio de tanta gravedad. Con este motivo escribió Aureliano á Vigilio sobre la sospecha que tenian formada algunos prelados de su condescendencia con el emperador; pero su Santidad le respondió, asegurándole que jamás permitiría cosa contraria á la doctrina de los cuatro concilios, Niceno, Efesino, Constantinopolitano I, y de Calcedonia, ni á las determinaciones de Celestino, Sixto y Leon, sus predecesores; ordenándole además que emplease su reputacion para con el rey Childeberto, á fin de que mostrase su solicitud en favor de la Iglesia de Dios, é impidiese con su poder el que Totila, rey de los godos, que habia tomado á Roma y saqueado la ciudad, no hiciese padecer á los católicos, mediante á que hacia profesion de la herejía arriana.

Finalmente, este insigne prelado, distinguidísimo por la defensa que siempre hizo de la religion católica, y por los establecimientos utilísimos para el mejor régimen de la Iglesia, con cuyo elogio le recomienda el Martirologio galicano, murió lleno de merecimientos por los años 551, en el día 16 de junio, en Leon de Francia, aunque los escritores no nos dicen el motivo de su tránsito á aquella ciudad; donde se celebra su memoria en el mismo dia, y en el siguiente en la de Arlés, á causa de estar impedido el 16 con la fiesta de S. Quirico y Julita en esta iglesia.

Algunos confunden á este prelado con otro Aureliano, obispo de Leon, pero sin fundamento, por no hallarse éste colocado en

el catálogo de los Santos como el de Arlés; cuyas reliquias se hallaron en Leon en el reconocimiento que se hizo de las existentes en la iglesia de S. Niceto por Ugo, obispo Tabariense, en virtud de comision en el año 1308, tercero del pontificado de Clemente V, para mas decente colocacion de las depositadas en aquel templo; leyéndose en la lápida de mármol del sepulcro de S. Aureliano de Arlés varios versos espresivos de sus laudables hechos y tiempo de su pontificado.

SANTA LUTGARDA Ó LUDGARDIS, MONJA DE LA ÓRDEN DEL CISTER, VÍRGEN.

SANTA Lutgarda floreció en el ducado de Brabante; escribió su vida Fr. Tomás Cantipratense, que la conoció mucho, y fué su familiar. Nació esta vírgen en la ciudad de Tongre, de padrés honrados. El padre deseó casarla, y la madre entrarla en algun monasterio. Prevaleció la voluntad de la madre; y siendo muchacha de doce años entró en un monasterio de Sta. Catalina, de la órden de S. Benito, aunque (á lo que parece) no con intento y resolucion de ser monja; porque pretendiendo un caballero mozo casarse con ella, le dió oídos. Pero Cristo nuestro Señor, que la habia escogido para esposa suya, estando un dia hablando con aquel mozo, le apareció en aquella figura con que vivió en la tierra, y descubriendo la sagrada llaga del costado, que destilaba sangre, le dijo: *Mira, de aquí adelante no te entretengas en estas falsas blanduras de amor necio; aquí contempla lo que debes amar, y porqué lo debes amar, que yo aquí te prometó todas las delicias, y regalos puros y macizos.* Con esta vision quedó tan confusa y presa del amor de Cristo la santa vírgen, que cerró las puertas de su corazon á cualquiera adulterino amor, y sus oídos á las palabras de aquel mozo, y de otros que despues se quisieron casar con ella, como si fueran silbos de venenosas serpientes. Comenzó, pues, á darse á la oracion y meditacion de las cosas del cielo, y abrazarse con Cristo crucificado, con tanto fervor, como si le tuviera vivo y presente. Y como á algunas de las monjas ancianas les pareciese aquel fervor de novicia, y que presto se resfriaria, y por eso ella temiese su flaqueza, y se entristeciese, le apareció la sacratísima Vírgen nuestra Señora, y con rostro alegre y sereno, le dijo, que no temiese, porque ella la ampararia, y la haria crecer de virtud en virtud. Tambien le apareció Sta. Catalina, vírgen y mártir, patrona de aquel monasterio, y la confortó, y prometió el don de perseverancia; y apareció á otra mujer, exhortándola á que to-

mase por abogada para con Dios á Lutgarda, porque tenia gran lugar aparejado en el cielo. Para prueba de esto la vieron las monjas en el coro puesta en oracion, levantada en el aire dos codos alta de tierra, y otra noche una claridad sobre ella tan resplandeciente, que parecia el mismo sol. Y nuestro Señor le dió una gracia tan singular, que tocando cualquiera enfermo con su mano, ó con su saliva, luego sanaba; y como por esta causa concurriese á ella gran multitud de enfermos para que los sanase, y la estorbasen su oracion, se volvió á su Esposo, y le dijo: *Señor, ¿para qué me habeis dado esta gracia, pues me estorba de estar con vos? Quitádmela, y dadme otra de mas provecho para mí.* Y como el Señor le respondiесе, *¿Qué gracia queria?* ella dijo: *Vuestro corazon quiero, Señor: y el Señor: Pues yo tambien quiero el tuyo:* y de allí en adelante quedó el corazon de Cristo tan unido y tan impreso en el corazon de la virgen, que ni tuvo movimiento sensual, ni pensamiento torpe por un solo momento en toda la vida. Otra vez á la puerta de la iglesia le apareció Cristo crucificado, ensangrentado, y bajando el brazo de la cruz le estendió sobre ella, y la abrazó, y juntó la boca de ella con la llaga de su sagrado costado, del cual chupó y bebió una suavidad tan celestial y divina, que la saliva de su boca le quedó mas dulce que la miel. Para remedio de cualquiera trabajo y fatiga de su cuerpo, no tenia necesidad sino de mirar la imágen del Crucifijo, porque con esta sola vista, cerrados los ojos del cuerpo, se arrobaba en su espíritu: veia á Cristo, y su sacratísimo costado abierto; y con este regalo y dulzura del Señor se recreaba de manera, que ninguna cosa le daba pena ni afliccion.

Doce años estuvo en el monasterio de Sta. Catalina, y siendo muerta la priora, y ella de solos veinte y cuatro años, la rogaron que lo fuese. Condescendió con la voluntad de las monjas; pero poco despues, por divina revelacion, y por consejo de un santo varon, determinó dejar aquel monasterio, y se pasó á otro que estaba en el estado del duque de Brabante, y era de la orden del Cister, y se llamaba Aquiria, con gran tristeza y sentimiento de todo el convento de Sta. Catalina, que perdía en Lutgarda una madre y un vivo retrato de santidad; y ella como tan dulce y amorosa, se enterneció, y suplicó á nuestro Señor por el monasterio que dejaba; y la Virgen le apareció, y le prometió que por su intercesion lo haria, y tendria particular cuidado de él en lo espiritual y en lo temporal; y le agradeció que se pasase al monasterio de la orden del Cister, porque estaba dedicado á su servicio, y especialmente debajo de su amparo y proteccion.

Esta es la vida de esta virgen en el tiempo de su niñez, y que estuvo en el convento de Sta. Catalina; veamos ahora lo que le sucedió, despues que se pasó al convento del Cister.

Primeramente, luego que se supo que Lutgarda se habia pasado á aquel monasterio, otros muchos monasterios de monjas de la misma orden, que á la sazón se fundaban, la desearon y pretendieron por su prelada, por la fama de su gran santidad. Súpolo ella y afligióse mucho, y suplicó á nuestra Señora que la librase de tener cargo de otras; y la Virgen sacratísima le apareció, y la consoló; porque la santa virgen en cuarenta años que estuvo en aquel monasterio, en que las monjas hablaban francés, apenas pudo aprender de aquella lengua á pedir un poco de pan, cuando tenia hambre; y como todos aquellos monasterios fuesen de la misma lengua, entendiendo esto, la dejaron en su quietud y contemplacion.

Levantóse en su tiempo en Francia aquella tempestad tan horrible de los herejes albigenses. Aparecióle nuestra Señora una vez con el rostro triste y lloroso; y preguntada la causa de aquella tristeza, respondió, que porque los herejes y malos cristianos escupian y crucificaban otra vez á su benditísimo Hijo Jesucristo; y le mandó, que estuviесе en continua penitencia y llanto, y ayunase siete años por los pecados del mundo, para que su Hijo no le asolase, que estaba muy airado contra él; y ella ayunó los siete años continuos, no comiendo sino un poco de pan, y bebiendo un poco de cerveza; y aunque algunos superiores suyos la mandaron algunas veces comer mas, y le hicieron fuerza, y ella por la obediencia queria comer, nunca pudo tragar de otro manjar la cantidad de una sola haba. Pasádos estos siete años de este ayuno riguroso, le fué mandado por revelacion divina, que tomase otro ayuno por todos los pecadores; y esto lo hizo con gran voluntad, y ayunó otros siete años, comiendo cada dia un poco de pan y algunas yerbas, y no otra cosa.

Murió un caballero noble y rico, tudesco de nacion, llamado Simon, el cual renunciando la vanidad del mundo, habia entrado en la orden del Cister; y siendo abad habia pasado á mejor vida. Hizo mucha oracion y penitencia la santa virgen por el alma de este religioso, porque habia sido muy devoto suyo; y el Señor la oyó, y se le apareció, trayendo consigo el alma de Simon; la cual despues le apareció muchas veces, haciéndole gracias por la merced que por sus oraciones habia recibido de Dios; porque decía, que si no fuera por ellas, once años habia de estar en las penas del purgatorio. Otras visiones

tuvo maravillosas de personas, ó que estaban en el purgatorio, para que les ayudase, ó que ya estaban en el cielo, y le daban parte de su gloria y bienaventuranza; porque era tanta su caridad, que todos los males y los bienes de sus prójimos los tenia por suyos propios.

Comulgaba todos los domingos, como lo aconseja S. Agustin; y como en esto la santa virgen fuese singular, la abadesa, que se llamaba Inés, le ordenó que no comulgase tan á menudo; y ella le respondió: *Madre, yo haré lo que me mandais; pero tengo por cierto, y ya veo, que lo habeis de pagar en vuestro cuerpo.* Dióle luego á la abadesa una tan recia enfermedad, que no podia entrar en la iglesia. Conoció su culpa, pidió perdon, y cobró salud; y Lutgarda prosiguió la santa costumbre de comulgar cada ocho dias. De esta manera fueron castigadas otras monjas, que murmuraban de ella, ó quitándoles Dios la vida antes de tiempo, ó por otros caminos, dándoles á conocer su error.

Temíanla terriblemente los demonios, y no osaban llegarse á ella, ni al lugar de su oracion; y aunque no entendia latin, cuando se cantaba aquel verso: *Deus in adiutorium meum intende*, y otros algunos, veia huir los demonios con grande espanto, y entendia la eficacia que tenian las palabras divinas para ahuyentar aquellas bestias infernales, aunque no las entiendan los que las oyen.

Estaba tan ilustrada y llena de celestial luz, y dotada de un conocimiento tan raro y profundo de la soberana majestad de Dios, y de su nada, que en medio de tantas virtudes, grandezas; prerogativas y regalos que tuvo del Señor, la vanagloria nunca la molestaba. Si este conocimiento fué tan escelente y su humildad tan grande, no lo fué menos su caridad y el deseo encendido que tuvo de morir por Cristo; porque una noche tuvo un deseo ardentísimo de imitar á la gloriosa virgen Sta. Inés, y morir, como habia muerto, por Cristo; y fué este deseo tan encendido, que pensó allí espirar, y se le rompió una vena cerca del corazon, y salió tanta sangre de ella, que bañó el hábito. Allí le apareció Cristo nuestro Señor, y le dijo que tendria en el cielo el mismo premio que habia tenido santa Inés; porque aunque no habia derramado la sangre por él, como Sta. Inés, habia deseado derramarla; y toda la vida le duró la señal de la vena rompida y soldada. Era tanta su devocion, especialmente cuando meditaba la Pasion de Cristo nuestro Señor, que se arrobaba, y le parecia quedar teñida en sangre. De esta virtud interior de su alma bienaventurada nacia una

fuerza maravillosa, que Dios daba á las oraciones de su sierva, para convertir á los pecadores, dar salud á los enfermos, y obrar otras cosas miraculosas. Un caballero, soldado, noble y rico, pero muy vicioso y perdido, á ruegos de una hija suya monja pidió á Sta. Lutgarda que le encomendase á Dios. Hizolo la santa virgen con grande instancia; y dentro de poco tiempo el caballero perdió su hacienda, y de muy rico vino á gran pobreza, sufriendola con gran paciencia; y finalmente se hizo religioso, y vivió y murió santamente. A una monja, que por su flaqueza y enfermedad no podia ayunar, ni dejar de comer, alcanzó del Señor fuerzas para poder seguir en todo la comunidad, y hacer otras penitencias: á otra, que por una vehemente tentacion estaba para desesperarse, la detuvo y consoló; y lo mismo le aconteció con otro hombre, que por sus grandes pecados desconfiaba de su salvacion. Sanó con sus oraciones á una mujer del todo sorda, y á otro enfermo de epilepsia. Penetraba las conciencias de las personas con quienes trataba, y los pecados ocultos que tenian, y que aun á sus mismos confesores no querian manifestarlos. Hablando en su lengua tudisca con algunas personas de lengua francesa, que no sabian la tudisca, milagrosamente la entendian. Y en otras muchas, y muy señaladas cosas, mostraba el Señor cuan dulce esposa era la santa virgen, y los favores que le hacia.

Mas porque la perfeccion de la vida cristiana no consiste tanto en hacer cosas grandes y maravillosas, quanto en padecer con alegría las duras y dificultosas por Cristo, once años antes que muriese la santa virgen, la privó Dios de la vista corporal, para ejercitar mas su paciencia, y para que cerrados los ojos del cuerpo, abriese mas los del alma, y gozase mas puramente de la celestial y divina luz. Cinco años antes que se fuese al cielo, dijo el dia en que habia de morir; y el año antes le apareció su dulce Esposo, y le dijo: «Ya se va llegando el tiempo en que has de recibir el premio de tus trabajos, y estar eternamente conmigo; pero quiero hagás tres cosas en este año: la primera, que me hagás muchas gracias por las mercedes que de mí has recibido, y pidás á los Santos que hagan lo mismo por tí: la segunda, que ruegues con grande afecto por los pecadores á mi eterno Padre: la tercera, que dejando todos los otros cuidados, con grande ansia desees venir á mí.» Otras veces tuvo revelacion de su muerte; y quince dias antes le apareció la sacratísima Virgen y san Juan Bautista, del cual era devotísima, y le avisaron de su bienaventurado tránsito. Finalmente cayó mala de una recia calentura; y armada con los santos sacramentos de la Iglesia, y visitada

de los Santos, y de muchas almas bienaventuradas de las monjas de su monasterio, que ya gozaban de Dios, dió su bienaventurado espíritu al Señor en tal dia como hoy, del año de 1246, y al de sesenta y cuatro de su edad. Quedó su cuerpo blando y tratable, y el rostro blanco y resplandeciente. Una monja que era manca de una mano, tocando el cuerpo quedó sana; otra, que tenia en el cuello un carbunco, poniendo sobre él el velo de la Santa, luego sanó; y otros enfermos con sus reliquias cobraron salud.

La misa es de la dominica precedente, y la oracion la que sigue:

O Dios, que nos haces la gracia de que celebremos el martirio de los santos mártires Quirico y Julita; concédenos que gocemos tambien en su compañía de la eterna bienaventuranza. Por nuestro Señor Jesucristo, etc.

La Epístola es del capitulo 31 del libro del Eclesiástico.

El que ama las riquezas demasiado, no será justo; y el que va siguiendo la corrupcion se llenará de ella. Muchos se precipitaron por causa del oro, y su perdicion fué ocasionada de su hermosura. El oro es un cepo para aquellos que se sacrifican á él: ¡ay de aquellos que le buscan! y todos los imprudentes perecerán en él. Bienaventurado el rico que fuere encontrado sin mancha.

REFLEXIONES.

Siendo las riquezas beneficio del Señor, ningunos debieran servir á Dios con mayor reconocimiento ni con mas fidelidad que los ricos. Siempre habia de triunfar la virtud en medio de la abundancia; el que tiene mas medios para santificarse, habia de ser mas santo. Pero sucede todo lo contrario; no suelen ser los mas cristianos los mas ricos y los mas acomodados. La opulencia exime de las miserias de la tierra; ¿pero exime por ventura de las leyes del Evangelio? El que ha logrado mas bienes de fortuna que otros, ¿goza por eso de algun privilegio para ser menos ajustado, menos piadoso que los demás? Pregunta, á la verdad, disonante y ofensiva; ¿pero no hay sobrados motivos para hacerla? La licencia de costumbres, cierta libertad en el corazon y en el entendimiento, que se acerca mucho á una especie de irreligion; aquella conducta poco cristiana que se observa en la

mayor parte de los que se llaman ricos, grandes y dichosos del siglo; ¿no da bastante motivo para preguntar si los nobles, si las señoras, si los ricos logran algun privilegio que los dispense en la severidad de la ley cristiana? ¿si la desigualdad de fortunas supone alguna diversidad ó alguna exencion de los mandamientos en los que profesan una misma religion? ¿Pero quién podrá dudar que estas leyes son universales, sino el que ignore los primeros principios del cristianismo? No hay mas que un Evangelio; no puede haber mas que una moral; son invariables las máximas de Jesucristo; no hay condicion, no hay persona que pueda eximirse de ellas. Con todos hablan los mandamientos de la ley de Dios; con el noble como con el oficial; con la dama mas delicada como con el mas zafio labrador; todos deben seguir á Cristo llevando su cruz; todos han de macerar su cuerpo, mortificar sus sentidos, humillar su altivez, abatir el espíritu y el corazon, si han de ser sus discípulos. No hay edad, no hay sexo, no hay estado, no hay empleo, no hay clase, no hay condicion que dispense en esta pureza tan exacta, en este arreglo tan severo, en esta virtud indispensable á todos los cristianos: *Soy cristiana*, decia Sta. Blandina; *y así no os debeis admirar de que no parezca en el teatro, de que no concurra á vuestras fiestas, de que tenga horror á todo lo que es contrario á la ley santa de Dios.* ¿Hallaránse hoy en el mundo muchas señoras que puedan decir lo mismo con verdad? Es razon, se dice, que se divierta la gente moza; las personas de cierta calidad, las de conveniencias; las que están colocadas en cierta visibilidad, en cierta clase, no pueden dejar de acomodarse al gusto, á las modas, al espíritu y á las máximas del mundo. Pero díganlos, ¿en cuál de los libros sagrados, en qué capitulo de la moral de Jesucristo, en qué parte del Evangelio se dispensa en las obligaciones comunes á todos los cristianos, á los nobles, á los caballeros y á los ricos? ¿Qué concepto se haria de nuestra religion, si todos los que la profesan, poco mas ó menos hubiesen de lograr la misma suerte, viviendo sujetos á unas mismas leyes, y habiendo entre ellos tanta diferencia de costumbres? Han de acompañarnos y han de seguirnos nuestras obras; pues desengañémonos, es menester vivir como cristianos para conseguir la dicha de los santos.

El Evangelio es del cap. 7 de S. Lucas.

En aquel tiempo: Iba Jesus é iban con él sus discípulos, y á una ciudad, por nombre Naim: una numerosa turba de gente.

Y al tiempo de acercarse á la puerta de la ciudad, he aquí que sacaban fuera un difunto, hijo único de su madre: y ésta era viuda, y la acompañaban gran número de personas de la ciudad. A la cual habiéndola visto el Señor, movido á compasión de ella, la dijo: No llores. Y se acercó al féretro, y le tocó. (Y los que le llevaban se pararon.) Y dijo: Joven, contigo hablo, levántate. Y el muerto se sentó, y comenzó á hablar. Y le entregó á su madre. A todos, pues, les poseyó el temor, y glorificaban á Dios, diciendo: Un profeta grande ha aparecido entre nosotros, y Dios ha visitado á su plebe.

MEDITACION.

De la crianza de los hijos.

PUNTO PRIMERO. — Considera que no hay en los padres y en las madres obligacion mas importante ni mas esencial; pero acaso tampoco la hay mas olvidada que la buena crianza de los hijos. Cúidase mucho de su vida; pero poco ó nada de su educacion. Con todo eso, de ella depende casi toda la economia de su vida y de su salvacion; ella es, por decirlo así, como la simiente del vicio ó de la virtud.

No hay inclinacion tan mala que no la enderece la buena educacion. Las tierras mas estériles se fertilizan con el cultivo, y las más fértiles bastardean, produciendo matorrales cuando se las deja de cultivar. Atribúyense al mal natural las siniestras inclinaciones de un jóven; es engaño, son fruto regular de la mala educacion. No se hizo caso de enderezarlos cuando todavía eran plantas tiernas, ¡qué mucho que creciesen torcidas, y que ya apenas se las pueda enderezar!

Apenas nacen los niños, cuando se les echa fuera de casa, y se les da á criar á personas desconocidas, cuyas costumbres se ignoran por lo comun; despues nos admiramos de que degeneren tanto de su sangre, y de que tengan poco amor á sus parientes. Vuelven á ella á los tres ó cuatro años; ¿pero qué cuidado se pone en su educacion? ¿qué lecciones se les dan? ¿qué ejemplos ven? Abandónaseles por lo regular á merced de unos criados de pocas obligaciones y de costumbres perdidas, ó se les buscan unos maestros ignorantes, que apenas saben ellos mismos ni aun los primeros principios. ¿Qué tal saldrá la crianza de estos niños? No bien abren un poco los ojos de la razon, cuando solo notan ejemplos perniciosos, y precisamente aprenden aquello que debieran ignorar toda la vida.

Un padre poco devoto, y acaso disoluto; una madre embebida enteramente en el espíritu del mundo, entregada al juego, á la vanidad y á las diversiones, ¿darán á sus hijos una educacion muy cristiana? ¿Y despues se quejan de las pesadumbres con que los pagan cuando están mas adelantados en edad? ¿y despues se duelen de su poca religion, de su amor á los deleites, de sus profanidades y de sus disoluciones? Pues, padres y madres, ¿habéislos por ventura enseñado otra cosa? Vuestros hijos siguieron vuestros ejemplos; ¿pues de qué os quejais? Si bebieron el veneno, ¿quién sino vosotros les brindó con él? Pero ¡qué cuenta tan estrecha habeis de dar á Dios de estos homicidios! Una educacion descuidada, una mala educacion pierde mas almas que todas las ocasiones, que todas las tentaciones de la vida. Rara vez se borran las primeras impresiones. ¡O buen Dios, cuantos padres y madres se han condenado por no haber dado á sus hijos una cristiana educacion! Esta es la primera y la principal obligacion de un padre y de una madre.

PUNTO SEGUNDO. — Considera, que acaso no hay pecados que sean mas rigurosamente castigados en los padres y en las madres que el descuido en criar bien á sus hijos. Dióselos Dios precisamente para que los criasen en su santo temor; redimiólos él, suyos son: te los confió como en depósito, y le has de dar cuenta de ellos: te los entregó para que desde niños los instruyeses en los principios de la religion, inspirándoles un grande horror al pecado, un ardiente amor á la virtud, una cristiana aversion á las máximas del mundo, enderezándoles aquellas primeras inclinaciones que dicen tanto respeto y tanto se enlazan con la salvacion. Pero tú ni aun consideraste como obligacion tuya este cuidado; y aun cuando estabas viendo que aquel terreno solo producía espinas y abrojos, ni siquiera te pasó por el pensamiento el arrancarlos. Inútilmente, dice el Señor, sembré en aquel campo un grano capaz de dar ciento por uno; todo se sufocó, y no se dieron oídos á mi voz; descarriáronse las pobres ovejas por no ser bien guiadas, y apenas se descaminaron cuando el lobo las despedazó: *Sanguinem autem ejus de manu tua requiram*; pero á ti te he de pedir cuenta de su sangre. ¡Cuantos hijos deben su condenacion á sus mismos padres!

Están viendo un padre y una madre muy á sangre fria la desordenada vida de sus hijos, y se mantienen muy serenos, diciendo que es menester dar algo á la mocedad. Esto quiere decir en buenos términos, que es menester cerrar los ojos á sus desórdenes, porque están en una edad en que cada dia han de

ser mayores; que es menester dejarlos seguir el mal ejemplo, porque con eso se precipitarán mas cada día; que es menester disimular sus descaminos, porque todavía están al principio de la carrera. ¿Dejariase á la discrecion de un pobre niño un vaso de bebida emponzoñado? ¿pondriasele en las manos un cuchillo? ¿no seria crueldad? ¿no seria locura? Y si se hiriese ó se matase, ¿no tendria la culpa el que le habia puesto en la ocasion? fácil es la aplicacion. Helí era un venerable anciano irreprehensible en sus costumbres y muy religioso en las funciones de su ministerio; con todo eso, ¿con qué rigor castigó Dios la insensible y cobarde condescendencia que tuvo con sus hijos? Las desgracias, las tristes revoluciones, las funestas caidas de tantas familias deshonradas, arruinadas y aun totalmente estinguidas, son los menores trabajos con que Dios castiga á los padres, y son los frutos mas naturales de la mala educacion. Estas reflexiones no hablan solo con los padres de familias; estiéndense tambien á todos los que tienen empleos con súbditos ó dependientes de quien cuidar. ¡Mi Dios, y cuanto es de temer el menor descuido en esta gravísima obligacion!

Dignaos, Señor, de darme luz para comprender todas estas consecuencias, inspirándome un zelo ardiente por la salvacion de todos los que están á mi cargo, para que nunca contribuya á su condenacion, ni atribuyais sus desvarios á mi descuido ó negligencia.

JACULATORIAS. — Haced, Señor, que nada tenga tan impreso en el alma como el cumplimiento de todas mis obligaciones, para que no sea confundido por mis descuidos. (*Psalm. 118.*)

¿Quién puede conocer perfectamente todo lo que le hace reo en vuestra presencia? Purificad, Señor, mi alma de los pecados que no conozco; perdonadme los que no estorbé, y aquellos de que fui ocasion ó causa. (*Psalm. 18.*)

PROPOSITOS.

1. No hay en los padres obligacion mas indispensable ni mas esencial que la de dar á sus hijos una buena educacion. Ninguna cosa puede dispensarlos de ella; ni la elevacion, ni las dignidades, ni los empleos, ni la nobleza, ni los negocios. Son los hijos un depósito que Dios os confió; os ha de pedir cuenta de él; son vuestros primeros acreedores, y como á tales los debeis el cuidado, la vigilancia, las instrucciones, los buenos ejemplos. Tened en buen hora caridad con todos los menesterosos; derra-

mad largamente vuestras limosnas entre todos los necesitados; sed como el alma de todas las funciones piadosas, de todas las buenas obras que se hacen en la ciudad. Si faltais á vuestra esencial obligacion, haced cuenta que nada habeis hecho; si no habeis dado una cristiana educacion á vuestros hijos, todo lo perdisteis. Ni penseis haber cumplido bastantemente con vuestra obligacion dándolos maestros escelentes, si por vosotros mismos no os informais del modo con que viven, y como se aprovechan de la enseñanza: los maestros son vuestros ayudantes; os alivian, pero no os exoneran; y así debeis velar indispensablemente sobre una educacion, de que á solo vos se os ha de pedir estrecha cuenta. ¿Y será posible que nada te remuerda la conciencia sobre la que has dado á tus hijos y á tus criados? El modo de enseñar y de corregir sirve infinito para hacerle mas ó menos eficaz. Si las correcciones son amargas, conviene sazónarlas con un modo suave, con un tono moderado y con voces atentas y cortesanias, para que se admitan y para que entren en provecho. El desentono y las palabras ofensivas irritan, pero no enmiendan.

2. Ten gran cuidado de que tus hijos y tus criados se encomienden á Dios por la mañana y por la noche, y de que la familia rece todos los días el rosario de comunidad, asistiendo tú el primero á él. Nunca te fies tanto de los preceptores, que no examines por tí mismo qué educacion dan á tus hijos; la obligacion de aquéllos no te exime á tí de la tuya. Infórmate si tus hijos frecuentan los sacramentos, por lo menos una vez cada mes, y tambien qué progresos hacen en las letras. Vergüenza es que se pasen años enteros sin que algunos padres sepan si quiera qué hacen sus hijos, ni se les dé nada por ello.

DIA XVII.

MARTIROLOGIO.

EL TRÁNSITO DE DOSCIENTOS SESENTA Y DOS SANTOS MÁRTIRES, en Roma; los cuales fueron martirizados en la persecucion de Diocleciano por defender la fe católica, y sepultados en la via Salaria antigua, en lo alto de la cuesta del Cohombro.

SAN MONTANO, soldado, en Terracina; el cual despues de muchos tormentos alcanzó la corona del martirio en tiempo del emperador Adriano, y del cónsul Leocio.

LOS SANTOS MÁRTIRES NICANDRO Y MARCIANO, en Venafro; los cuales fueron degollados en la persecucion de Maximiano.